

LAS MIL Y UNA EXCUSAS

LUIS CARANDELL

EN tiempos como los que vivimos, las excusas cobran una especialísima importancia. Casi siempre hay un motivo de qué excusarse y, para lo más inexcusable, ha de buscarse siempre una excusa. Se puede decir que la relación humana es hoy una sucesión de excusas que, aunque se basen en hechos ciertos, nunca dejan de ser, para el caso, inventadas.

La vida en las grandes ciudades, pero también en otros lugares donde «las cosas de la vida» no son tan excusables, se ha convertido en un manual de excusas. Si para presentar excusas a nuestros conciudadanos hubiera que enviarles una tarjeta como solía hacerse en tiempos en que el Manual de Urbanidad prescribía las entonces raras excusas, hace mucho tiempo que se hubiera acabado el papel en el mundo.

Hoy no hay que excusar tan sólo la asistencia al banquete de homenaje, la tardanza en la cita, la falta al trabajo o a la escuela, sino que se puede decir que no existe prácticamente ningún acto o condición que no tenga necesidad de ser excusado ante unas u otras personas. Estar o no estar, ir o no ir, quedarse o marcharse son cosas que deben ser constantemente justificadas: Parece como si la misma existencia del hombre fuese puesta en entredicho y, así, deba encontrarse siempre una excusa. Existen incluso profesiones cuyo principal y a veces único cometido consiste en excusar a aquellos para los cuales trabajan. El instrumento específico de la excusa es el teléfono a través del cual las secretarías, y, en casa las esposas actuando como secretarías, exculpan

continuamente al jefe o al marido.

Vista a la luz de lo que podría llamarse la teoría de la excusa, la condición femenina resulta considerablemente más «disculpable» que la condición masculina. No necesita ser justificada de una forma tan insistente. La excusa femenina es casi siempre una excusa vicaria, formulada por cuenta de otro. Sólo la mujer incorporada a los trabajos hasta hace poco reservados a los hombres comienza a saber lo que significa socialmente la excusa. La mujer tradicional apenas necesitaba o necesita excusarse como no sea en muy elementales decisiones de si baila o no baila para las cuales los años cuarenta habían inventado excusas tan rudimentarias como «no sé bailar», «me duelen los pies» o «estoy acompañada».

La actitud exculpatoria, sin embargo, corresponde hoy casi en exclusiva al hombre. Existen excusas de novio más que excusas de novia y excusas de marido más que excusas de esposa. Llegar tarde a una cita con un hombre no tiene para una mujer la gravedad que reviste el retraso de un hombre en una cita con una mujer o con otro hombre. La falta de puntualidad no es en España tan grave como en otros países, pero la diferencia está solamente en que entre alemanes o ingleses y una mayor benevolencia en caso de no acudir a la cita.

También hay en España, y cada vez más, gente que se toma muy en serio la puntualidad y que se disgusta mucho cuando no se ve correspondida. Hay en ellos una cierta actitud apostólica de quien intenta, procurando ser puntual y exigiendo puntualidad a los demás, redimir al país de uno de sus peores males. Con estas personas, cuyo rigor puede ser más severo que el que se aplica a la impuntualidad en otros países, el español medio, normalmente algo rezagado y moroso,

tiene que estar particularmente preparado para improvisar o inventar excusas. Aquí se tiende a dar a la excusa por haber llegado tarde un cierto contenido dramático. El caos de la circulación tiende a exagerarse en el discurso exculpatorio. Son frecuentes las explicaciones de contenido más o menos catastrofista. Se invoca el mal funcionamiento de todas las cosas y la caótica situación del mundo. Si se pudieran aducir grandes catástrofes o, incluso, la suspensión de las leyes físicas, se haría con gusto. Cualquier desastre que haya sucedido en la ciudad, aunque no haya afectado al que se excusa por su tardanza, es aprovechado por él abusivamente.

El supuesto mal funcionamiento del correo se alega con frecuencia para justificar no haber escrito o haberlo hecho tarde. Y la falta de taxis, la espera del autobús, el tráfico o la noticia de haberse producido un socavón, un apagón o un accidente, aunque sea en lugares distintos de aquellos por los que había de pasar el que se excusa, sirve para explicar el retraso.

La benevolencia con que se trata al que ha llegado tarde necesita también su excusa y «las cosas de la vida» sirven a este propósito. El que está recibiendo las excusas hace un gesto aludiendo a esas vagas razones existenciales que le han tenido esperando al retrasado. El hecho cierto es que muchos españoles llevan lo que podría llamarse un retraso histórico que les impide llegar a la hora a sus citas porque vienen rezagados de las citas anteriores a las que llegaron tarde. Entre cierto tipo de gentes capitalinas la puntualidad es tan rara que, cuando alguien llega puntual, se ve obligado a buscar para ello una excusa.

He dicho que la mujer tiene en general menos necesidad de excusarse

LAS MIL Y UNA EXCUSAS

que el hombre y ello es cierto en todo aquello que no esté relacionado con los trabajos que hoy la mujer desempeña. En las citas, por ejemplo, se admite que la mujer llegue un poco tarde para evitar que sea ella la que tenga que estar esperando, siempre contando con la muy real probabilidad de que el hombre se retrase. Pero son las mujeres las que en España cargan principalmente con la tarea de las excusas, no porque tengan que excusarse a sí mismas sino porque, tanto en casa como en el trabajo, son las encargadas de excusar a sus maridos o a sus jefes.

La gente que no tiene secretaria se ve obligada a mentir por sí misma o a pedir a un compañero de trabajo que lo haga en su nombre. Función capital de la secretaria es decir mentiras por teléfono a los que llaman con la pretensión de hablar con su jefe o, a veces, con cualesquiera otras personas de la empresa. En España se puede llegar a tener a veces la impresión de que nunca nadie se encuentra en su despacho a las horas de trabajo. Es la secretaria la que se encarga de escamotear la presencia del interesado. Una persona es «incontrable» cuando la secretaria se muestra particularmente eficaz en defenderle de la persecución telefónica. El continuo «no está» llega a equivaler, en el tono de voz de la secretaria a un «no existe», a fin de que el perseguidor cese en su empeño.

Un intermedio entre estar y no estar en la oficina es el «no se puede poner, déjeme el recado», que algunas secretarías emplean como sucedáneo del más cómodo pecado de mentir. Para gente de más categoría se utiliza el «está reunido». Estar reunido puede querer decir alguna vez que el interesado se encuentra en una reunión de la que no puede salir, pero, la mayor parte de las veces, significa que «no está» matizado y más prestigioso que la ausencia. Pasa con esto como con la asistencia a los homenajes a los cuales se puede, en orden de importancia «ir», «excusar la asistencia», enviando un telegrama y «no ir». Que la razón de no poder ir sea cierta o no, no quita al hecho de excusar la asistencia su carácter de fórmula intermedia entre «ir» y «no ir», premiada a menudo por la mención pública del nombre del que excusa su asistencia.

Vivir hoy exige poder utilizar, como suele decirse, las mil y una excusas. O más. ■ L.C.

EL MISTERIO DE LOS JESUITAS

E. MIRET MAGDALENA

L

A crisis de los jesuitas ha sorprendido al mundo entero. Unos no se esperaban que el Papa Juan Pablo II fuese a adoptar una decisión drástica, tomando directamente las riendas de la Compañía de Jesús por medio de un delegado papal. El Pontífice lo prefirió así, en vez de aceptar la libre decisión democrática señalada en las *Constituciones* de esta Orden religiosa; *Constituciones* que fueron redactadas con gran habilidad por su fundador San Ignacio de Loyola. Por otro lado otros muchos tampoco se esperaban la reacción serena, tranquila y silenciosa de todos los jesuitas, cualquiera que fuese su personal postura, en la crisis del apostolado que el Papa quiere resolver «*Manu militari*».

Sin embargo, cualquiera que conociese bien la entraña misma de la Institución jesuita hubiera podido pronosticar esta discreta actitud generalizada.

Resultado de esta postura sin histéricismos ni rebeliones, ha sido la luz verde que el Papa Wojtyła ha dado por fin a la elección de un general, sin inmiscuirse él directamente en señalar la persona más de su gusto.

Y si echamos una ojeada, a través de los cuatro largos siglos de existencia de la Orden, apreciaremos siempre esta misma postura, que es la postura de la eficacia. Desde el principio estos grandes predicadores de la obediencia fueron inteligentes y discretamente independientes en su lucha pacífica con los inconvenientes que les ponía la Santa Sede. Ese es el misterio de los jesuitas: una eficacia tenaz, realista y sin alharacas. En último extremo aprendieron aquella «regla del gran maestro», como señalaba el espejo de profundos jesuitas que fue nuestro aragonés Baltasar Gracián: «Hanse de procurar —decía— los medios humanos, como si no hubiera divinos; y los divinos, como si no hubiera humanos».

Este misterio jesuítico de la eficacia

tiene cinco resortes principales: 1) la habilidad; 2) la virilidad; 3) la sutileza; 4) la flexibilidad y 5) el sentido de la influencia. Es verdad que estas cinco cualidades de eficacia han degenerado en bastantes ocasiones, convirtiéndose en su caricatura al pasar de la habilidad a la astucia, de la virilidad a la frialdad, de la sutileza a la hipocresía, de la flexibilidad al pragmatismo y de la influencia al elitismo. Analicémoslas:

1. Ignacio de Loyola fue un gran *estratega* y un *hábil táctico* cuya técnica resumió Gracián en esta máxima expresiva de la acción con los demás, tal como quería el fundador de los jesuitas: «entrar con la ajena, para salir con la suya». Esta es una versión ligeramente cínica de la paradójica máxima del Evangelio, aconsejada como norma de conducta por Jesús: «sed cándidos como palomas, y prudentes como serpientes». Durante siglos se les ha achacado a los jesuitas, por la manera de llevar a cabo ese consejo de habilidad, que fueron los propagandistas de la inmoral pero eficaz consigna: «el fin justifica los medios». Cosa falsa, desde el punto de vista teórico, pero muy real en la conducta cotidiana de la Compañía de Jesús de algunas épocas, de determinadas circunstancias y de bastantes de sus seguidores, como reconoce el jesuita Juan José Coy cuando dice: «¿el fin justifica los medios?... en la práctica nuestra de cada día estamos diciendo y haciendo que sí, que el fin justifica los medios». Sin embargo, hemos de reconocer que, en la crisis post conciliar, los jesuitas están a punto de combatir no sólo en teoría, sino en la práctica esta máxima degenerada de sus consignas de eficacia.

2. Muchos jesuitas que salen a relucir en la literatura parecen más de acero que de carne humana. Unas veces para bien, y otras para mal. En la novela del Padre Coloma «*Pequeñeces*» sale claramente esta figura del *estoicismo viril*, como modelo y ejemplo de jesuitas. En cambio en la obra